

## LA NOVENA DE LA CANDELARIA.

POR CARLOS NODIER<sup>1</sup>

I

La vida íntima de la provincia tiene un hechizo de que nunca se podrán formar idea en París y que mas particularmente se deja sentir en los primeros años de la vida. Puede haber gusto en morar en París cuando se encuentra uno en la edad de la actividad, de las pasiones, de la necesidad de las agitaciones del ánimo, de hacer ruido y de adquirir triunfos; pero en la provincia es donde conviene estar de niño, de adolescente, allí es donde debe uno gustar los sentimientos de una alma que comienza á insinuarse y á conocerse. En París no será nunca donde se prueben esas emociones incomprensibles que el sonido de cierta campana, la presencia de un árbol, de un chaparro, los visos de un rayo del sol sobre la hoja de lata de una pequeña techumbre solitaria, despiertan en el fondo del corazón. Estos suaves y gratos misterios de la memoria son propios tan solo de los lugares cortos y de ninguna manera de las populosas y grandes ciudades. Dias pasados oia yo á una mujer muy entendida quejarse amargamente de no tener patria.

—Ay! añadió suspirando, he nacido en la parroquia San Roque.

No permita Dios que reconenga yo á París por esta ligera imperfeccion, que en realidad de verdad es mas bien una desgracia que un vicio. Luego, la majestuosidad

de la civilizacion tiene para consolarse todo cuanto es dable imaginar en punto á embelesos y divertimientos: la ópera, el baile Musard, la bolsa, la asociacion de los literatos, la homeopatía, la frenología y el gobierno representativo. Yo pienso siempre que la suerte de la provincia vale mas; pero lo pienso con el espíritu de tolerancia que Dios me ha dado para todo. Sobre gusto no hay disputa.

Hasta la reminiscencia de estas tiernas y amorosas impresiones que nunca se borran conserva todavía parte de su poderío aun después de hallarse uno, por desdicha ó por gusto, lejos de los lugares donde las ha recibido y esto se advierte con facilidad en los escritores que tienen un estilo y un color determinado. La prosa de Rousseau<sup>2</sup> tiene algo de la majestad de los Alpes y de la lozanía de sus valles. Cualquiera adivinaria que Bernardino de Saint-Pierre<sup>3</sup> vino al mundo en unas riberas tapizadas de flores y que fué mecido entre el murmurio de las brisas del Océano. En el lenguaje magnífico de Chateaubriand<sup>4</sup> hay con frecuencia algo sereno y campesino como el murmullo de su lago y el blando rumor de sus sombríos bosques. No pocas veces he pensado que Virgilio no habria llegado á ser el que fué si no hubiera nacido en un lugarejo.

La provincia, las poblaciones cortas, los

<sup>1</sup> Nodier.

<sup>2</sup> Rusel.—<sup>3</sup> Anpiér.—<sup>4</sup> Chatebrían.

campos son los que engendran las deliciosas impresiones que algun dia llegan á ser el gracioso consuelo de las penas de la vejez, y los amores puros que tienen toda la inocencia de los primeros amores del hombre en su paraíso natal, y las ardientes amistades que éasi equivalen al amor. Con un corazón sensible y una imaginación movediza se imaginan en París estos bienes; pero nunca se pueden gustar. Por mas que el Dios que habló á Adán clame á uno diciéndole: "¿Dónde estás?" ya no hay en el corazón del hombre una voz que responda.

En la provincia todas las cunas se tocan, como los niños situados sobre las mismas ramas, como las flores abiertas en el mismo tallo, cuando á los primeros rayos del sol todos los gorjeos de las aves y todos los murmurios de las aguas y todos los perfumes de las flores se confunden. Nacemos bajo las mismas miradas, desarrollámonos bajo los mismos cuidados, crecemos juntos, nos vemos todos los dias, cada rato; nos amamos, nos lo decimos, y no hay razon alguna para que se acabe el amarnos y el decirnoslo. Hasta la diferencia misma de los sexos que en las ciudades grandes nos impone una reserva prudente y necesaria, pero seria y severa, no se opone sino muy tarde á las intimidades ingenuas, á las deliciosas simpatías que aun no han cambiado de objeto. Las pasiones son las que señalan esta diferencia, y no tienen pasiones los niños. El descuido familiar de las primeras relaciones de la vida se prolonga sin peligro hasta mas allá de la edad aquella en que el menor descuido viene á ser peligroso, en que la mas leve familiaridad viene á ser sospechada entre los mozos y las mozas de las ciudades grandes. Los afectos mas ardientes siguen conservando indicios del cariño de hermano á hermana, y este cariño está mezclado con demasiado miramiento

y pudor para que causen sobresalto alguno á las buenas costumbres. Mas aun el adolescente que comienza á actuarse en el secreto de sus sentidos, ejerce todavía una especie de tutela con la debilidad de la naturaleza y á quien la naturaleza y el amor de consumo parecen confiar á su resguardo. Mientras mas aprende en la ciencia funesta de las pasiones, mas prolijo se muestra en proteger á la tierna y tímida criatura en quien tiene cifrada su felicidad ó sus esperanzas. No se contenta ya con defenderla de inspiraciones extrañas sino que tambien la escuda de sí propio por el interés de un porvenir que les será comun. Respétala y aun ténela.

Y ¿qué de deleites imposibles de describir no deja que desear á la edad que le sigue, ese amor delicado de una alma que acaba de conocerse á sí propia! ¡Oh! el primer indicio de la preferencia de ese ángel del pensamiento, la primera expresiva mirada que la pequeñuela amiga dirige á su amigo por entre las dos hojas de una puerta que se cierra, la primera articulacion de su voz penetrante que se inmutó, que se eterneció al atravesar sus labios, la primera impresion de una mano entregada á la mano que la asió, la tibia humedad de su tacto, el fresco aroma de su aliento!... ¡y aun mucho menos que todo eso, una flor caída de sus cabellos, un alfiler desprendido de su corsé, el ruido, no mas el ruido de su vestido con que se rozaba al correr, esto es amor, esto es felicidad! Lo demás bien lo sé yo, sobre poco mas ó menos; pero aquello es lo que yo quisiera volver á empezar, si fuese fuera.

Ya no es cosa de volver á lo andado; pero acordarse es éasi como si en efecto se volviera.

Góstanse en París los gratos ocios de la infancia, de cuyos juegos se conoce bien el valor; disfrútanse en París esas de-

liciosas noches de huelga que vienen después de los días laboriosos de estudio; pero solamente fuera de la corte, solamente en las poblaciones pequeñas es donde una feliz costumbre prolonga aquellos inocentes placeres, á la vista atenta de las madres, hasta la ardiente estación de la adolescencia. Ya es uno hombre por el pensamiento cuando todavía es niño por sus gustos; ya comienza uno á sentir extraños y turbulentos afectos cuando todavía le mueven, en ciertas horas de olvido, sentimientos llenos de gracia y candor. Pregúntase uno en su interior qué es lo que hay de verdadero entre lo pasado de que se despierta y lo futuro en que va entrando; pero bien adivina uno, examinando desasoseadamente las cosas, que lo futuro no valdrá lo que lo pasado. Entendimientos hay sencillos y tiernos que de buena voluntad querrian no ir mas adelante y que sin titubear sacrificarían las inciertas delicias de otro día á los gooces puros de la víspera. A mis diez y ocho años, con mucho gusto hubiera yo hecho este peregrino trato con el ángel familiar que rige los mudables destinos del hombre, si hubiera querido prestarse á mis suplicas; y estoy entendido de que á los dos nos hubiera tenido cuenta, pues imagino que mi emancipacion insensata le habria dado sus buenas pesadumbres.

El 24 de enero de 1802 todavía no estaba yo en esas alturas. Las lindas muchachas en cuya compañía pasaba yo las horas mas gratas del día, las amaba yo con toda la fuerza de una alma acostumbrada á amarlas, pero sin exaltacion, sin desasosiego alguno y casi sin preferencia. Hallábame yo bien con ellas; hallábame con todo mejor solito, porque mi mente comenzaba á formarse en la soledad un modelo que no era parecido á ninguna mujer y al cual tenia de parecerse completamente una sola mujer, aunque yo ha-

ya creido encontrarle cien veces. Era esta mi ilusion adorada, y en medio de lo vago en que se habia presentado á mi imaginacion dábame acerca de la felicidad una idea mas distinta que la que todas las realidades de la vida me prestaran. Sin embargo, apenas podia yo medio percibir la entre mil formas dudosas; pero andaba yo en pos de ella de continuo y el delicioso fantasma nunca dejaba de estar presente en mi fantasía. Unas veces venia y me sacaba de mi tristeza hiriendo con risas malignas mis oidos y meciendo en mi frente los negros anillos de su cabellera; otras, descansando en un pié se apoyaba contra mi lecho de estudiante, mirándome con tristes ojos y ocultando bajo un monton de cabellos rubios una lágrima á punto de escapársele, y mi corazon hinchado se abalanzaba á él con latidos capaces de abrirme el pecho; pues sabia yo que toda mi felicidad estribaba en el logro de aquella imagen intangible que hasta su nombre me negaba.

El 24 de enero estábamos nosotros reunidos, como de costumbre, antes de la hora de cenar, pues todavía se estilaba cenar; y platicábamos todos de monton al rededor de nuestras madres, las cuales conversaban mas gravemente que nosotros de materias no menos frívolas que las nuestras: versaba nuestra conversacion sobre la eleccion de un juego, asunto de muy poca monta en sí, pues el interés de un juego consiste todo en la "penitencia;" y quién es el que no sabe que la "penitencia" es la obligacion que rescata una "prenda?" Entonces es la de las declaraciones, de los reproches, de los secretos al oido, y particularmente de los besos. Entonces es el momento de la noche por el cual se vive todo el día y el de todos los momentos de la vida que menos amargura deja tras sí, porque los sentimientos

en que empieza uno á ejercitarse no se toman todavía por lo serio: luego que sale uno de ahí con una de esas ideas tempestuosas que martirizan al corazon, ya no es muy tonto para un sabio de tu rase! Por lo que toca á estas niñas, entiendo que no ignorarán que la novena de la Candelaria es una devocion particular de la gentualla, y tiene por objeto. . . . ¡Cómo lo diré, señor?

—No nos veriamos en estos trabajos, dijo la morena Teresa, si hubiera llegado Clara. Clara sabe todos los juegos que se han inventado, y cuando por casualidad no se acuerda de ninguno, al punto inventa uno.

—Para eso sí tiene bastante fantasía, reparó Emilia mordiendo los labios y bajando los ojos para hacer alarde de la circunspeccion con que acompañaba siempre alguna hablilla. No falta quien recibe que tiene mas de la necesaria, y he oido decir que de vez en cuando tiene sus arranques de locura. ¡Mucha desgracia seria para sus gentes y sus amigas!

—Clara no ha de venir, saltó Mariana hablando con un entono que daba á entender que se respondia á sí propia y que no habia oido la observacion descortes de Emilia; no ha de venir, no me cabe duda de que no ha de venir! hoy va ella á dar principio á la novena de la Candelaria.

—¡La novena de la Candelaria! dije yo á mi turno; y ¿para qué? no la conocia yo tan devota.

—No es por devocion, repuso Emilia con una gravedad desadefosa; por supersticion ó por ostentacion es no mas.

Se me pasaba decir que Emilia era filósofa. En aquellos tiempos todo el mundo se metia á filosofar: hasta las chicas de escuela.

—Por supersticion, repitió Mariana, que nunca cogia mas de una palabra en la conversacion mejor anudada. Por supersticion, de veras; la supersticion mas caprichosa, mas estrambótica, mas extraordinaria, mas extravagante.

—¡Pero bueno interrumpiéndome. Es

tás moviendo nuestra curiosidad sin satisfacerla.

—¡Vaya! respondió Mariana mirándome con una clara expresion de ironía, ¡eso es muy tonto para un sabio de tu rase! Por lo que toca á estas niñas, entiendo que no ignorarán que la novena de la Candelaria es una devocion particular de la gentualla, y tiene por objeto. . . . ¡Cómo lo diré, señor?

—¿Que tiene por objeto? . . . murmuraron una docena de voceillas mientras que doce lindas cabezas se inclinaban hácia Mariana.

—Que tiene por objeto, repuso Mariana, conocer de antemano con quien han de casarse.

—¡Con quien han de casarse! repitieron tambien las doce voces en el variado modo de inflexiones que debian ministrartes doce organizaciones diferentes.

—Y ¿qué tiene la persona con quien ha de casarse uno que ver con un acto de devocion como la novena de la Candelaria?

—¡Ese es el caso! hable yo conmigo, y algo daria yo por saberlo; pero como Mariana lo sepa ya nos lo dirá.

—Ya ustedes considerarán que yo no lo creo; y si lo creyera malito el caso le haria. ¡Qué se me da á mí el marido que me toque como sea honrado, aristócrata y rico! No me le darán mis padres sin estas cualidades. Buen mozo ó feo, joven ó viejo, amable ó displicente, como quiera que él sea, no podrá de ninguna suerte dispensarse de llevarme á tertulias, á bailes, á las diversiones públicas y de proveer con arreglo á mi caudal á mis alquileres. El matrimonio entiendo que yo no se reduce á otra cosa. Y además ¿quien me mete á mí á devanarme los sesos desdibotado?

—Ni yo tampoco; dijo Teresa acercandome mas su silla á la de Mariana. Pero ¿cómo se hace?

La impaciencia era suma y no era menor la de Mariana que la nuestra; pues en hablar aprisa y mucho ella tenía mas gusto que el que pudiera tener persona alguna en escucharla. Corrió pues por todo aquel auditorio impaciente una mirada de satisfaccion que hacia porque pareciese modesta y volvió á tomar la palabra en estos términos:

—Pues señor, sépanse ustedes que no hay devocion mas grata á la santísima Virgen que la novena de la Candelaria, y de aquí es que se han persuadido las gentes de que recompensa con una singular merced á las personas que le rinden aquel homenaje. Por mi parte no lo creo ni nunca lo creeré; pero Clara si lo cree á puño cerrado, porque ella cree todo lo que uno quiere hacerle creer. ¡Es tan buena! Solo que hay muchas ceremonias que tener presentes en el experimento y tengo temor de enredarme si Emilia no me da un poco la mano. Estaba ella junto de nosotras el dia que Emilia me habló de esto.

—¿Yo? replicó con desden Emilia. Yo no me meto en las conversaciones de ustedes.

—No digo yo que te metas en ellas, prosiguió Mariana, sino que las escuchas. Pues es necesario, añadido después de haberse roído un poquito sus lindos dedos, es necesario comenzar esta noche la novena, al dar la plegaria de las ocho, en la capilla de la santísima Virgen. Luego es necesario oír en la misma capilla la primera misa todos los dias y volver allí mismo todas las noches á la oracion hasta el dia 1º de febrero, con una devocion que no se entibie un momento, con una fe que no titubea ni un instante. Es cosa difícil fuera de toda ponderacion. Y luego, el dia 1º de febrero, entonces si ya es otra cosa muy diversa. Hay que oír de toda precision todas las misas de la capilla, to-

ditas; hay que oír todas las oraciones y todas las instrucciones de por la tarde sin que falte una sola. ¡Ah, ya se olvidaba! es preciso confesarse este dia, y si por desgracia no recibiese uno la absolucion, todo lo demás es trabajo perdido; pues el requisito esencial para lograr lo que se solicita es el entrar uno á su cuarto en estado de gracia. Entonces...

—¿Entonces se encuentra uno allí un marido! exclamó Teresa.

—Tienes mucha prisa, replicó fríamente Mariana. Todavía no llevo á la mitad de mis instrucciones. . . . Entonces vuelve uno á ponerse á rezar; se encierra uno para cumplir con todas las condiciones de un retiro severo; ayuna uno, y sin embargo se prepara todo lo necesario para un banquete en que por cierto no tiene lugar la gula. Debe ponerse una mesa como para dos personas, con dos servicios completos, pero sin cuchillos, los cuales deben evitarse con especial cuidado. Esto merece la mayor atencion, pues hay ejemplares horriblos de las desgracias que sobrevienen por no tenerse presente esta regla. Luego se los contaré si ustedes quieren. Ocioso es decir que la mesa debe tener un mantel muy blanco, tan limpio, tan fino, tan nuevo como pueda uno conseguirle y que el buen orden y el buen gusto del pequeño aposento deben corresponder lo mejor posible con la buena disposicion del banquete; pues estas son cosas que es costumbre observar siempre que se recibe á una persona de consideracion. . . .

—Nos estás hablando ahí de banquetes, interrumpió una de las demás muchachas, y no he visto yo ningunos preparativos de cocina.

—No es puñalada de pícaro, replicó Mariana. Yo he dicho á ustedes de antemano que la comida seria muy sencilla. Se compone de dos pedazos de pan ben-

dito, que se ha de haber traído de la última misa y de dos dedos de vino puro repartido entre los dos cubiertos que ocupan por supuesto los dos costados de la mesa. Solamente que en medio de la mesa debe haber un plato de porcelana, ó de plata si se puede. . . .

—¡Ahora sí! dijo la jovencilla que habia cortado la palabra.

—Y el cual, prosiguió Mariana, ha de encerrar dos ramitas de mirto ó de romero ó de cualquiera otra yerba verde, menos boj, puestos uno junto á otro y no en cruz. Este es otro punto que es de toda necesidad tener muy presente.

—¿Y luego? preguntó Teresa.

Y la ruada entera repitió la pregunta á manera de eco.

—Luego, respondió Mariana, abre uno la puerta para dar paso al convidado que aguarda uno, toma uno asiento á la mesa, se encomienda muy devotamente á la santísima Virgen y se duerme esperando los efectos de su proteccion, que nunca dejan de manifestarse conforme á las personas que las imploran. Entonces comienzan unas admirables y extrañas visiones. Aquellas para quienes el Señor tiene preparada sobre la tierra alguna ignorada simpatía ven aparecérselo el hombre que ha de amarlas, si las encuentra; que á lo menos las hubiera amado si las hubiese encontrado; el marido que le tocaria á uno si circunstancias favorables le trajeren cerca de uno, y ¡felices las que le topan! El consuelo que hay es que se dice que un privilegio particular de la novena es procurar el mismo sueño al mozo que se sueña á inspirarle la misma impaciencia por juntarse con aquella mitad de sí propio que ha conocido en sueños. Esto es lo bonito de la prueba. Pero infelices de las muchachas curiosas á quienes el cielo no ha tenido por conveniente destinarles un marido, pues se ven afligidas con pronós-

ticos horriblos. Unas, destinadas para monjas, ven, á lo que dicen, desfilar lentamente una larga procesion de religiosas, cantando los himnos de la iglesia; otras que deben morir antes de estar casaderas, ¡y esto hiela la sangre! asienten vivas á su propio entierro. Recuerdan sobresaltadas con la claridad de las teas funerarias y al ruido de los sollozos de su madre y de las amigas que ven llorando ante un feretro vestido de blanco.

—Dios me es testigo, dijo Teresa retirándose un poco, de que nunca jamás he de exponerme á semejante susto. No mas de pensarlo tiemblo uno de piés á cabeza.

—Pues bien podias exponerte sin pizca de miedo, replicó Emilia. Yo te aseguro que habias de dormir hasta otro dia con un buen sueño, y que no dejaria de ser necesario despertarte como siempre para queieras tu leccion de italiano.

—Lo mismo digo yo, repuso Mariana, y bastante raro seria que no fuera del propio parecer Máximo que está ahí abismado en sus reflexiones como si tratara de explicar un pasaje difícil de algun autor griego ó latino.

—No sé, respondió volviendo en mí, y ustedes me darán licencia de que no me explique tan pronto sobre una creencia que tiene en su apoyo el testimonio del pueblo, el cual se funda casi siempre en la experiencia. El punto bien merece, á mi juicio, ser estudiado; pero dispensame, Mariana de mi vida, prosiguió dirigiendo á esta la palabra, dispensame que te diga que los portomenores que acabas de darnos con tu gracia genial me han dejado algo que desear. En tu relato no te has hecho cargo mas que de una doncella inquieta por su suerte futura, y no me negarás que á un jóven puede martirizar la misma duda. ¡Opinas que la novena de la Candelaria no producirá su efecto sino para las mu- jeres y que la santísima Virgen no otor-

gará las mismas gracias á las oraciones de los solteros?

—De ninguna suerte, exclamó Mariana, y ahora te pido me perdones mi distracción. La novena de la Candelaria, puesta por obra con ese designio, tiene la misma eficacia para todas las personas casaderas, y nada tiene que ver el sexo. ¿Te habrá ocurrido la rareza de hacer la prueba!...

—Sería de ver, dijo Emilia remilgando los labios, que un mozo discreto, que solicita el trato de las personas ilustradas y cuyo padre era amigo de M. de Voltaire, fuera, como Clara, como una criatura buena, pero sin instrucción ninguna, en esas tonterías vergonzosas.

No repliqué. Y la llevaba yo perdida con Emilia que no había leído á Voltaire, pero que podía citarle impunemente, pues ninguno de los presentes le había leído. Levantéme poco á poquito, aparentando una repentina distracción; me deslicé sin que lo sintiera la tierra por detrás del banco de las mamás, apoderéme del sombrero, y corrí á la capilla de la santísima Virgen para comenzar la novena de la Candelaria.

No era yo muy devoto: ni por hábito de imitación ni por efecto de una convicción fundada podía yo serlo, pero gustábame la religión, parecíame buena, respetaba sus prácticas sin seguirirlas, admitía sus abnegaciones sin imitarlas; obraba en mí la fe del sentimiento, que es acaso la más segura, y desde entonces profesaba un odio de instinto á ese espíritu de exámen que todo le ha destruido, ó que tiene de destruir todo lo que no ha destruido aun. En realidad de verdad no hallaba yo ninguna objeción plausible contra la novena de la Candelaria.

—Y ¿qué tendría de particular que fuese así preguntaba yo hablando conmigo  
1 Voltaire.

cuando habe dado algunos pasos en dirección á la iglesia. ¿No tiene la naturaleza veinte misterios mas maravillosos que este, y que á nadie le ha ocurrido poner en duda? Hay cuerpos toscos y al parecer insensibles que tienen entre sí afinidades que los llaman unos hácia otros mediante incalculable espacio; la aguja de marear, consultada bajo el ecuador, reconoce desde allí el polo; una mariposa que acaba de nacer vuela sin equivocarse hácia su desconocida familia; el pólen del palmero se arroja en brazos del viento del desierto y va á fecundar sobre sus alas una flor solitaria que le aguarda. ¿Cómo es posible que solamente al hombre, tan privilegiado entre todas las criaturas, le estuviera vedado presentir su destino y juntarse con aquella parte esencial de sí mismo que Dios tiene reservada para él en los tesoros de su providencia! Seria tanto como calumniar el poder y la bondad del Padre comun el creer en semejante olvido. Pero ¿y si el hombre hubiera perdido este privilegio por un yerro cuya expiación estuviese impuesta á toda su raza! repuse con inquietud. . . . Y ¿qué! ¿la intercesion de María, implorada con toda fe, no bastará á perdonarle su sentencia? ¿A quién mejor que á la pura y amorosa María le estará el proteger los amores castos y las inclinaciones virtuosas? ¿No es esta su mas hermosa encomienda en el cielo? ¡Oh! si la fábula maravillosa que encierra esta creencia del pueblo no es verdad, como yo creo que es verdad, es preciso confesar que debia serlo.

Los ánimos fríos que no comprenden lo delicioso de la devoción práctica me han cansado siempre extrañeza; el desden por las obras piadosas me parecia aun mas incomprendible de parte de esas almas vivas y apasionadas para las cuales no tiene la vida positiva sensaciones bastante fuertes y que se ven precisadas á estar de

continuo pudiendo otras al sentimiento y á la imaginacion. ¿Qué viene á ser, poderoso Dios! las hipótesis de la filosofía y de las ciencias, el prestigio de las artes y de los partos de la poesia, junto á una poesia del alma que las inspiraciones de la religion despiertan y que transporta al pensamiento á una region de ideas sublimes donde todo es prodigio y donde al mismo tiempo todo es verdad? Es preciso creer, sin duda; pero lo que hay precision de creer es mil veces mas probable, mil veces mas fácil de creerse, si es lícito comparar cosas tan disímiles, que todo lo que hay que creer en las relaciones ordinarias de la vida social, para llevarla sin amargura y sin disgusto. Examinemos al cabo de algunos años las sensaciones que hemos disfrutado con mas deleite y no encontramos una quizá que no sea un error ó una mentira; las ilusiones que hemos gustado, aun tomándolas por tales ilusiones, no eran, ¡ay! mas falsas que las que hemos tomado por realidades. ¡Y miramos con desden la religion, tan fecunda en gustos inefables, en consuelos, en esperanzas, la religion que aun seria la felicidad mas pura y mas completa de la humanidad si no fuese mas que una ilusión! esta á lo menos no tendria las congojas del desengaño y del arrepentimiento. ¿No se desalucina uno de ella en la tierra!

Con un nuevo júbilo para mí habia yo cumplido con todas las obligaciones de la novena; y como si el hábito de estos ejercicios hubiese elevado mi razon á una altura á que nunca antes habia alcanzado, reprochábame un poco el haberme dedicado á ellos con solo el objeto de satisfacer una curiosidad pueril. En efecto, mi ciega confianza en miserables cuentos de niños era lo que me habia inspirado tantos actos de sumision y de fe que se hubiera impuesto como un deber, una devo-

1 Suposiciones, sistemas. 2 ~~...~~

cion mas sincera y desinteresada, de la cual osaba yo prometerme un galardón, como si ya no le tuviese en la satisfaccion de mi propio pecho. Apoderóse de mí este remordimiento con mas fuerza en el punto que acabados mis preparativos y abierta mi puerta á la aparicion aguardada, me disponia yo á preferir mi última oracion. Es probable que en ella expresé mas duelos que votos, y no sé si seria aceptada esa reparacion; pero puedo honojarme de que si lo fué, por la grata serenidad que se introdujo en mis sentidos, calmando esta en un momento todas las tribulaciones de mi ánimo. Apenas habie vuelto á sentarme en mi sitial, cuando me cogió un profundísimo sueño.

No sé qué tiempo duró ni cómo se aclararon las tinieblas en que sumergido me habia: de pronto parecíeme no estar ya durmiendo; volví á ver mi aposento en la disposicion de siempre, á la luz vacilante de las bujías. Discerní todos los objetos, oí todos los ruidos, los ruidos esos tenues, indeterminados, sin origen sensible, que parecen no levantarse un momento mas que para que no tema el alma que la sobrecogea el silencio eternal. El piso de la fuerza no rechinaba, sino que hacia un ligero murmurio, como si hubiese sido acariciado por un manajo de plumas ó por un ramillete de flores. Volví los ojos hácia mi puerta y vi allí una mujer: quise brincar á recibirla y detávonse una potencia irresistible en mi asiento. Hice por hablar y quedáronseme clavadas en la lengua las palabras. No embargó mi razon este misterio, pues comprendió que era aquello un misterio y que habian sido escuchados los ruegos de mi novena.

La desconocida se acercó lentamente, sin advertirme quizá, como si obedeciera á una especie de instinto, á un irresistible impulso. Llegó al sitial que le habia dispuesto yo, sentóse así expuesta á mi cu-

riosidad cuya impaciencia no encontraba retentiva, pues ella se mantenía sin alzar los ojos. Clavé en ella mis miradas con la osadía que su inmovilidad y su silencio me daban. De cierto nunca jamás la había yo visto y sentí sin embargo, en medio del conocimiento vago de un sueño, la convicción de que aquella existencia, ajena á todos mis recuerdos, ni era por eso menos verdadera ni estaba menos viva. La misma fantasía de mi alma, purificada como estaba con el recogimiento y la oración, no era capaz de engendrar nada que llegase á semejarse á aquel sueño. Pertenece sin remedio á un orden de inspiración á que el hombre no puede por sí elevarse y que esa ciencia delicada y selecta que se llama hoy *estética* no alcanza á remedar. Mi metafísica de estudiante filósofo velaba todavía en mi sueño, mas humillábase ante la obra de la potencia de Dios. Penetraba yo que una creación tan pura y tan perfecta no podía salir de mí.

Nada diré acerca de la hermosura de la joven doncella: no se hacen con palabras los retratos y aun he dudado algunas ocasiones que puedan hacerse con trazos y colores. Hay en el conjunto de un ser animado no sé qué juego de pasión y vida que no se representa mejor con el pincel que con la pluma, y lo que no es menos seguro es que la significación de este conjunto no es igualmente inteligible para todos. Léela cada cual según su aptitud para descifrar sus caracteres, para penetrar su sentido, para apropiarse su espíritu. Cuando ha subido al tono de una perfecta armonía con la inteligencia y la sensibilidad de quien la mira, siéntese mil veces mejor que no se analiza, viniendo á ser demasiado sorprendente, demasiado simultáneo su efecto para dar el mas

1. Ciencia de los sentimientos, de las sensaciones.

leve lugar á la observación de los pormenores. Imaginome que es necesario que esté uno algo estragado en impresiones de amor para hacer alto en el incitativo efecto de un pliegue del labio ó de la ceja, de un diente que se levanta casi imperceptiblemente sobre un teclado de esmalte, de un ricitito de cabellos rebeldes, escapado de la compostura del peinado. Las poderosas simpatías que deciden de la vida entera proceden de una manera súbita, y no habrá olvidado el lector que la aparición de la Candelaria no se efectuó sino en razón de una simpatía completa y absoluta entre las personas que en relaciones pone. No me pregunté yo por qué amaba á aquella mujer, ni me pregunté siquiera si la amaba: díjeme lo que hubo de decirse Adán cuando Dios colmó el beneficio de la creación dándole una esposa: "¡Acabo de ser; soy!"

La desconocida estaba, como yo, vestida para un festín de boda; pero su vestimenta no era de las que estilaban usar las novias de mi provincia. Tratame á la memoria las que yo había visto varias veces en circunstancias análogas, en una ciudad poco distante que la invasión de nuestras armas y de nuestras doctrinas acababa de atar á la república. Era el traje provocante y agraciado de Monbelliar que la gente principal del país conservaba todavía por tradición en ciertas ceremonias solemnes y que hoy probablemente no se acostumbra ya ni entre el pueblo. Había ella puesto junto á sí, sobre la mesa, una de esas bolsillas de mallas de acero bruñido en que por aquel tiempo guardaban las jóvenes los ligeros trapitos que ellas llamaban su labor, y no tardé en advertir que su chapa estaba decorada con dos letras realzadas con clavazon de acero, las cuales debían de ser las iniciales del nombre y apellido de mi futura esposa; pero mas me hubiérase gustado saberlos enteros

de su boca. Desgraciadamente el hechizo que me había embargado la palabra no estaba deshecho, y todas las facultades, todas las potencias de mi alma habían pasado á mis ojos, pues acababan de encontrarse con sus ojos los míos. La fascinación de aquella su celestial mirada hubiérase bastado ella sola para dejarme mudo. Apenas si podía yo alcanzar que fuese posible sostener su expresión sin quedar sin vida, y seguramente no debía yo la fuerza de resistir á una impresión tan viva mas que al privilegio de la novena, cuya misterio no se arrancaba de mi mente. Es que jamás el fuego de una ternura inocente animó ojos mas dulces ni reveló mejor esos inefables secretos del acendrado amor para los cuales ninguna voz humana podrá encontrar palabras. En esto una extraña nube oscureció de pronto sus párpados. Pareció que una confusa noticia de lo futuro que acababa de engendrarse en su pensamiento se iba poco á poco manifestando bajo una forma mas sensible, abrumándola con una horrenda certidumbre. Palpitó el seno, humedeciósele los ojos con unas lágrimas que hacia por contener, retiró suavemente con la mano el pan y el vino que yo le había puesto por delante, agarró con ardor uno de los ramos del mirto bendito y pasólo por entre uno de los nudos de su ramillete. Luego se levantó y tomó el camino por donde había venido. Triunfando yo entonces de la horrible fuerza que me tenía clavado en mi asiento, me arrojé en pos de ella para recabar una palabra de esperanza y consuelo.

— ¡Oh! sea usted quien fuere, exclamé, no me abandone al horrible pesar de haberla visto y de no poder volver á hallarla. ¡Considere usted que mi suerte futura, de usted depende, y no haga que el momento mas delicioso de mi vida se cambie en mi eterna desdicha! ¡Dígame usted

siquiera si me será dable volver á estrechar esta mano que cubro de lágrimas, si me será dable ver á usted otra vez!

— Otra vez sí, contestó, ¡o nunca!

¡Nunca! repitió dando un grito dolorido.

Dicho esto se escapó. Sentí faltarle las fuerzas y flaquearme las piernas. Busqué un punto de apoyo, clavéme allí y me abandoné sin resistencia. El mas oscuro de los velos del sueño había reemplazado sobre mis ojos el velo trasparente de los sueños. No recordé sino ya muy de día á las carcajadas de un criado que quitaba de la mesa los aprestos de mi colación nocturna atribuyendo aquel aparato á ideas de sonámbulo<sup>1</sup>, á las que en efecto era yo propenso. No lo contradije, pero en medio de mi tribulación y mi confusión se me pasó asegurarme de ver si se habían encontrado los dos ramitos de mirto: esta era la única circunstancia que podía dar á mi sueño una especie de realidad positiva ó quitársela toda. En la duda, un ánimo mas circunspecto que el mio se habría abstenido: habria conceptualado la extraña ilusión de la noche precedente como el efecto de una larga preocupación de la imaginación, del ayuno, y cada cual es libre de creer que no fuera otra cosa. Pero un enamorado de veinte años, que por primera vez ama, no es capaz de tantos raciocinios. Y yo amaba con toda la potencia de mi corazón, con enajenamiento, con frenesí, á la desconocida doncella que tal vez ni existía.

No era yo de un carácter que se desimpresionase fácilmente de las ideas que una vez le habían ocupado. Esta vez no á ser mi idea fija, el pensamiento único de mi vida, el objeto único de mi destino. Abandoné enteramente ese mundo inocente y grato en que hasta entonces se habían encerrado mis hábitos y mis placeres; bus-

1 El que dormido anda, habla y hace lo que cualquiera despierto.

qué la soledad, porque la soledad era el único modo de estar en que pudiese yo tratar libremente conmigo mismo acerca de mis votos y mis esperanzas. ¿A qué débil amistad, á qué credulidad complaciente habria yo osado confiarlos? Parecíame, en mi desvario, que una circunstancia próxima, casi tan imprevista como la que me habia hecho conocer á mi novia imaginaria, no tardaría en volver á traerla á mi vista; aguardábala yo, creia encontrármela en todas las mujeres desconocidas que el acaso me hacia distinguir á lo lejos, y por todas partes se me escapaba como en el sueño en que se me habia aparecido. Esta sucesion perpetua de ilusiones y de desengaños, acabó por tomar un ascendiente funesto sobre mí ánimo; habiendo llegado á ser una manía asidua, invencible, inexorable. Mi juicio y mi salud se mengoscaron á un tiempo, y la medicina, llamada en balde á mi lecho de dolor, perdió en breve la esperanza de sanarme. No podía la medicina alcanzar la causa de mi mal y una justa vergüenza me retraía de confesarla.

No se crea que yo habia excusado diligencia alguna en orden á descubrir á mi amiga misteriosa. Las iniciales del saco con malla de acero no se habian borrado un momento de mi memoria, y habíalas yo dado á conocer bajo la reserva del mas profundo secreto, á uno de mis jóvenes camaradas de estudios que habitaba Monbeliar, junto con el retrato mas circunstanciado de la jóven cuyo nombre debian expresar aquellas.

Mucho tiempo tardó la respuesta. Sin embargo, á la hora menos pensada, en uno de esos ratos de congoja extrema en que agotadas mis fuerzas parecian no poder luchar con la muerte, vino la esperada respuesta á reanimar mi corazon. El ente ideal que yo habia visto entre sueños la noche de la Candelaria existia real-

mente: era completa la semejanza. La persona por mí designada con tanto esmero habia sido reconocida en aquella filiacion fiel y hasta en una señalita de detrás del cuello que al huir habia yo alcanzado á ver. Llamábase Cecilia Savernier y estos nombres comenzaban con las dos letras que tambien me acordaba yo haber leído en la bolsilla de mallas de acero. Ella habitaba de ordinario, sola con su padre, una casa situada á corta distancia de la ciudad, y esta particularidad era la que habia dificultado y retardado tanto las pesquisas. Hacia poco tiempo que habian regresado á Monbeliar donde no se hablaba mas que de la gallardía y hermosura de Cecilia. Mi servicial condiscípulo que miraba estas señas como los preliminares de un negocio en que se trataba de pedir en matrimonio á la jóven por mi conducto, se creia obligado á ponderar las cualidades incomparables de la señorita Savernier, pero concluia añadiendo, no sin manifestar algun sentimiento, que ella era de escaso caudal. Esta circunstancia no me fué menos grata que las otras, pues mis bienes no me permitian aspirar á un enlace opulento, y por otro lado no habia nada mas ajeno de mi manera de comprender el matrimonio.

No habia sido un sueño el mio. Tomaba un cuerpo mi ilusion, volvíase una realidad mi quimera. Cecilia Savernier era la que amaba yo, y no era ya Cecilia el parto fantástico de mis sueños. Ella existia, y existia á pocas leguas de mí: yo podía, yo debia encontrarla y pasar á su lado, con ella, una vida toda entera, dulce como el primer pensamiento de amor. Huyó con mí pesadumbre mi dolencia, robusteciése mi salud sin quedarme de mí mal mas que un ligero trastorno de ánimo y debilidad, y consolado ya mi padre, contemplándose cada dia mas feliz, celebré por último que

Savernier. & Holbach. *Amor y odio*

le respondieran de mi cura el facultativo. Un dia que me tenia asida con ternura la mano, apoyado en el lecho de que aun no me levantaba:

— ¡Looado sea Dios! me dijo, ¡has sabido triunfar de tu dolor y ya no te perderé! ¡Qué de veras te lo agradezco!

— Mi dolor, dice usted, respondió alegrándome á él para abrazarle, ¿cree usted saber el secreto de mi dolor?

— ¡Oh! repuso sonriéndose, todas las penas de tu alma provienen de amor: yo las he conocido lo mismo que tú. Yo veo en el dia demasiado distantes las que han atormentado mi juventud para no acordarme de ellas sino como de cosa de poca monta, pero bien sé que pueden ser mortales. Por lo tanto no habria yo titubeado un momento en anticiparme á tus deseos si hubieran podido ser cumplidos. Te felicito de que hayas tomado tu partido contra una desgracia inevitable que el tiempo no tardará en reparar y que algun dia considerarás alegremente entre las locas ilusiones de una imaginacion de diez y ocho años. Prométeme solamente de hacer confianza de mí desde el punto que un nuevo afecto sorprenda tu alma. Trataremos seriamente el asunto tú y yo, como dos amigos de los cuales el uno le lleva al otro la ventaja de la experiencia; y si persistieras me comprometo á no excusar nada por darte gusto. Dime, hijo de mi vida, si te conviene este trato.

Agarré la mano de mi padre y llevéme la á los labios.

— Es usted el mejor de los padres, repliqué, y ni un momento lo ha olvidado su hijo de usted; pero ¿está usted bien persuadido de no equivocarse sobre la causa de mi enfermedad? ¡No me sorprenderia poco que la hubiera usted adivinado!...

— Eso no era tan difícil como te lo imaginabas tú, dijo mi padre volviendo á sonreirse. Asunto de amor habia y tus mi-

Tom. III.

radas ó tu silencio me lo han confesado diez veces. No se trataba mas que de buscar el objeto de tu pasion entre las jóvenes que componen nuestra tertulia habitual. Teresa no habia de ser, porque es demasiado ligera ella y superficial para llenarte. Mariana no debia de ser, porque Mariana, cuya charla te divierte, no tiene ni solidez en el entendimiento, ni ternura razonada en el alma y no es buena sino por inclinacion natural. Emilia tampoco, porque ella es fria, remilgada, bachelera y ha aprendido á leer en el baron de Holbach. No podia ser sino tu prima Clara, que es bonita, candorosa, modesta, y cuya ingenua exaltacion confronta mucho contigo. — ¡Te parece que soy tan torpe en adivinar?

— ¡Clara! exclamé en un arrebató que pudo engañar á mi padre, pues muy ajeno estaba él de conocer el motivo.

Esa era cabalmente la misma jóven aquella que habia hecho la novena de la Candelaria al mismo tiempo que yo, y cuyo ejemplo me habia sugerido á mí la idea de hacerla.

— En verdad, proseguí después de un rato de reflexion, razon ha tenido usted en suponer que yo preferiria Clara á todas las demás. Quiero á Clara como amiga, como parienta, como muchacha excelente que será, me lo prometo, una esposa cumplida, una madre cabal; pero nunca me ha pasado por la imaginacion tomarla para mujer y madre de mis hijos. . . . ¿Crea usted que le estoy hablando con el corazon!

Quedésemme mi padre mirando con asombro.

— No tengo por qué dudar de tu verdad, díjome; pero tu respuesta ha echado á rodar mis conjeturas. Pues ¿no es el casamiento de Clara lo que ha reducido á ese estado de melancolia que ha estado á punto de costarte la vida, y que me ha dado tanto cuidado?

P—18

—¿Se casa Clara? repuse medio levantándome. . . ¡Clara se casa, dice usted! ¡Oh, tranquilícese usted, padre mío! ¡no he engañado á usted! ¡Este arrebató no es sino de júbilo! ¡Ojalá su casamiento sea conforme con las intenciones del cielo y para su felicidad de ella!

—Así lo deseo yo, repuso mi padre, y me complazco en esperarlo, aunque haya una cosa muy extraordinaria en el caso. Clara había desechado este año tres acomodos muy buenos, y su madre la creía dispuesta á abrazar la vida religiosa, cuyas prácticas seguía aquella con singular ardor, cuando un manco desconocido, casi llegado la víspera, alcanzó su consentimiento á la primera entrevista. Las informaciones han sido favorables y en un momento se pusieron de acuerdo las dos familias. Clara es feliz con esta union que al decir de ella le tenía deparada la santísima Virgen desde el día de la Candelaria. En esto advertirás esa imaginación mística y novelesca á la vez que me habia hecho creer en una simpatía entre ustedes dos.

—Protesto á usted que comprendo á las mil maravillas el casamiento de Clara, y que pienso que nunca hubiera logrado otro mejor.

—Norabuena, replicó dando una cargada, y eso depende de la manera de ver de ustedes dos. Pero ¡no hablamos del tuyo!

—¿Considera usted que sea ya tiempo de que nos ocupemos en él? ¡No tengo veinte años!

—Entre nosotros, es cosa que te atañe á tí; y ¡por qué no! Yo me casé demasiado tarde, ó los años se me fueron demasiado aprisa y perdí los mas gratos gustos de la vida si me muriera sin haber sido amado de una hija que me hubieras dado tí, sin haber jugado con los hijos que el cielo te diera, sin dejar la memoria de mis facciones y de mi cariño grabada

en una generación nueva que haya salido de mí. Esto es, amigo mío, la inmortalidad material del alma, la única que la debilidad de nuestros órganos y de nuestra inteligencia nos permita presentir claramente. La otra es un gran misterio que la religion y la filosofía se abstienen cautamente de explicar. Tu casamiento ha llegado á ser el objeto principal de mis pensamientos, de mis esperanzas, y te diré francamente que he tratado mucho de él desde la Candelaria última.

—¿Desde la Candelaria, padre?

—Desde la Candelaria, replicó manifestando alguna sorpresa y mirándome de hito en hito. Es el tiempo en que comienzan las ideas de matrimonio á fermentar, con la nueva estación, en el corazón de la juventud y vienen á despertar el anhelo de los padres, pues entre unos y otros hay secretas armonías de instinto y prevision; pero me acuerdo de que esta fecha ha podido renovarte la memoria, la loca preocupación de nuestra pobre Clara. Lo que hay de cierto es que concebí el mismo proyecto por tí en la misma época y segun todas las apariencias sin el conocimiento de la Virgen. No te hablé de ello por las razones que sabes. Entonces comenzaba para tí ese largo período de enfermedad de que apenas acabas de salir y que tanto me ha hecho temer por tu vida. Si el amor no tiene parte en tus penas hoy es todavía ocasion de que hablemos de mis miras, pero sin que tengan las menores resultas en el caso de que se opongan á las tuyas; pues entiendo terminantemente que tu eleccion y tu estado sean libres y nunca desistiré de esa promesa.

—Me colma usted de agradecimiento, dije sentándome en la cama y componiéndome mi ropa, pues sentia recobrar fuerzas con la esperanza de volver á encontrar y de obtener á Cecilia. Yo me pro-

meto de su cariño de usted que no me impondrá usted un compromiso á que no puedo prestarme y que no me sería dable contraer sin atropellar las obligaciones mas santas. Yo le juro á usted por mi parte, mi único y perfecto amigo, que nunca jamás tendré un secreto para su corazón y que no introduciré nunca en nuestra casa una jóven que no haya usted adoptado de antemano.

—Como quieras, dijo mi padre, y sin embargo esta idea, que debo abandonar por tí, era el pensamiento mas grato de mi vejez. Déjame siquiera hablarte de él por la vez postrera. Quizá nunca he pronunciado delante de tí el nombre de uno de esos amigos de infancia cuya memoria recuerda algun dia las únicas amistades reales que se hayan gozado en la vida, las amistades sinceras y desinteresadas del colegio. Este no se me habia ido de la memoria, pero una notable diferencia de vocacion, de costumbres y de domicilio parecia habernos separado para siempre. Habia llegado á coronel de artillería; emigró, y esta circunstancia hizo nuestra separacion mas irrevocable, pues yo habia seguido como tantos otros el movimiento de la revolucion cuando estaba aun ajeno de prever sus resultados y su objeto. Por fortuna esta direccion pasajera de un entendimiento engañado por las apariencias me mereció un prestigio político que he tenido el consuelo de emplear algunas veces con provecho. Desengañado por su parte mi amigo de otra suerte de errores, echaba menos á su patria, tan cara para los corazones bien formados. Logré que le levantaran el destierro, que volviera á sus hogares, al campo paterno y al aire natal. No hemos vuelto á vernos desde entonces, pero no cesa de escribirme y de manifestarme una tierna gratitud, que recompensa bien y gratuitamente mis esfuerzos. Recíprocas confianzas nos han im-

puesto de los mas pequeños pormenores de nuestra vida doméstica y de nuestros posibles. Mi antiguo amigo Gilberto sabe que tengo un hijo en quien cifro todas mis esperanzas y que algunos repetidos informes le han dado á conocer, dice, bajo el punto de vista mas favorable, tiene él una hija de diez y seis años á quien todas las lenguas elogian y que seguramente hará la felicidad del hombre que le toque por marido, así como hace la del padre que le deparó el cielo. No te niego que nosotros habiamos visto en esta union proyectada un medio grato de unirnos para el resto de nuestra vida, decidido cada uno de los dos, como lo estamos, á no separarse de su único hijo. Era esta una vida á pedir de boca que nos teniamos preparada en nuestra loca confianza; tan cierto así es que se engaña uno en todas las edades, y que la vejez, madurada con la experiencia de las cosas, no deja tambien por eso de otusarse por sus ilusiones, lo mismo que la adolescencia. ¡Deliciosa perspectiva! ¡pero es preciso repulirla!

—¿Perdon, padre, mil veces perdon! ¿Por qué me ha condenado el cielo á reconocer tan mal el cariño de usted?

—Tranquilízate, me dijo, fácilmente lo olvidaré por grande que sea el júbilo que yo consideraba tener con ver realizadas mis esperanzas, para no pensar mas que en las tuyas. . . Y es de veras una lástima, pues Cecilia Savernier pasa por la mas linda doncella de un país donde no hace raya cualquiera.

—¿Cecilia Savernier! exclamé abalanzándome abajo de la cama. ¡Cecilia Savernier! ¡Oh padre! ¡no he oído á usted mal? . . .

—No por cierto, respondió, Cecilia Savernier, hija de Gilberto Savernier, antiguo coronel de artillería, que vive en Montebelliar, departamento del Monte Terrible. De ella era de quien te hablaba yo.

—Caf á las plantas de mi padre en un estado de agitacion que no es para describir llenas de besos y lágrimas, y estuve mucho tiempo sin habla. Asustado mi padre me levantó, me apretó á su corazon y preguntóme mil veces antes que yo hubiera podido explicarme.

—Cecilia Savernier! ¡Ella es, ella es, padre mio! clamé por fin con ahogada voz ¡Ella es la que pido á usted de rodillas!

—Es posible! replicó él. Siendo así, con facilidad verás tus deseos cumplidos, pues es negocio casi hecho. Pero ¿estás bien firme en tu resolucion? ¿En qué se funda? ¿Dónde has podido ver á Cecilia? ¿Dónde puede ella haberte conocido? Monbelliar es la única ciudad de Francia donde se haya presentado desde su vuelta del extranjero, y cuando tú cruzaste por allí ahora dos años estoy positivamente cierto de que ella no se hallaba todavía allí.

Me sonrojé. Esta pregunta ya tocaba muy de cerca á un secreto que yo no tenía valor para descubrir y en el cual podía suceder que no viese mi padre sino una ilusion ó una mentira.

—Crea usted, lo respondi, que ya he visto á Cecilia, y que estoy autorizado á pensar que no desechará mi amor. Con respecto á las circunstancias á lo sucesivo que nos dieron un instante á conocer, ruego á usted que tenga la bondad de no preguntarme ni una palabra mas.

—Libreme Dios de hacer talli repuso abrazándome. Respeto tanto este género de misterio para quitarte el mérito de la discrecion. "Hay secretos vínculos, hay simpatías" que solamente los amantes conocen y que no se saben adivinar á mi edad. Y luego, añadió riendo, ¡por qué la santa influencia que se hace sentir desde

hace algun tiempo en las cosas de mi familia, no le habria preparado dos matrimonios en lugar de uno? Ocupémonos con el tuyo, que se efectuará sin falta luego que estés graduado. . . ¿Esta dilacion te asusta? pues no es tan larga como te lo imaginas. Tus adelantamientos en las escuelas hacen de muchos años á esta parte mi felicidad y mi gloria, y el tiempo que te ha robado tu enfermedad será prontamente compensado. Ya verás que no te estaria bien que al acto mas solemne de la vida te presentaras sin llevar en dote un titulo serio y honorífico. Tampoco te sobresaltes por los rigores de una separacion cuyo término alejo un tanto y que hará mas extremada tu felicidad; pues la dicha que es esperada es la mas segura de la vida. Por otra parte está enteramente conforme con el bien parecer que veas á tu futura esposa y tu padre antes de llevar mas lejos las cosas y que alcance una declaracion mas positiva que la que nos lionjea. Pues que tu convalecencia lleva buena traza, cuento con que un mes de estada en Monbelliar no puede menos de serle provechoso y te hallarás de paso á la boda de Clara; pues la boda va á ser á medio camino, en su linda casa del bosque de Arcey. ¿Qué te parece? ¿Te conviene este arreglo!

Arrojéme en sus brazos: aplicóme un beso en la frente, entró en su aposento y volvió luego con una carta rotulada al coronel Savernier.

Partí á otro dia para Monbelliar, contento cuanto no es dable decirlo. . . . ¿Qué son, Dios mio, los júbilos del hombre?

(Concluirá.)

1 Arcey.

## ARBOL MECANICO

### DESTINADO A LOS SUSCRITORES DE LA SEMANA DE LAS SEÑORITAS.

Esta preciosa pieza, de que hoy acompañamos un diseño, es obra del distinguido artista francés M. Bontems. El árbol es de metal, bronce á lo que parece. Las aves son animalitos disecados, unos chiparrimitos muy bien conservados, de los cuales el del centro de la rama que parte inmediatamente del tronco está echado en su nido, dentro del cual se mueve y revuelve con suma gracia, cantando, cuando dada cuerda á la máquina los demás se mueven acompañándola con su grato arrullo perfectísimamente imitado y cambiándose los dos primeros de las ramas inferiores de una á otra rama, aleutando uno de los dos mas arriba y subiéndolo y bajando la cabezita el que se halla al pié del árbol. Las hojas de este están adornadas de *mayatitos* que parecen esmaltados, gusanitos y pintadas maripositas que le dan una vista graciosísima.

El reloj que está al pié y á un lado del árbol y cuya máquina es enteramente independiente de la de las aves, es una pieza excelente y tiene campana para dar

1 Bontems (Buen tiempo).

las horas. Dásele cuerda por medio de su correspondiente llave, mientras la máquina de las avecillas no se pone en movimiento sino tirando hacia afuera un botoncillo que se halla junto al agujerito de la llave del reloj. Luego que se quiere que las aves dejen de cantar y de moverse, basta con empujar el mismo botoncillo hacia dentro.

El señor Navarro, editor de la Semana, ha tenido mil dificultades que vencer para conseguir la adquisicion de este primoroso trabajo y para ponerle en esta capital, adonde gracias á sus afanes ha llegado en buen estado, á pesar de lo malo de los caminos. Pero todo lo da por bien compensado con la satisfaccion que tiene de que el amor es digno de sus bondadosos favorecedores, á quienes le tiene dedicado como obsequio.

Nosotros estamos persuadidos de que este objeto de que hablamos no puede deslucir, si servir de elegante adorno á la mesa de la sala mejor puesta, y que no puede menos de sorprender á cualquiera persona que no esté prevenida; el grato arrullo de las preciosas avecillas.

## ASCENSIONES AEROSTATICAS.

M. Poitevin (*Puatvén*), el mismo francés que subió tiempo hace á caballo en un globo aerostático, hizo el 29 de junio, en Paris, otra ascension en su magnífico globo llamado el Globo, el mas enorme de cuantos hasta el dia ha viajado por los

aires; y lo mas particular de esta ascension consiste en que la ha hecho con un primoroso cohecillo de cuatro ruedas al cual iba puesto un tiro de dos lindos caballos bayo claro isabela.

Ocupaban el coche M. Poitevin y su es-



posa en el asiento delantero. M. Poitevin llevaba en la una mano las riendas y el látigo del cochero en la otra.

En el asiento posterior iba un aficionado, M. Lacave (*Lacáe*), comerciante, y el criado de M. Poitevin, el valeroso Huot.

Desde luego que partieron los viajeros se remontaron á una altura considerable, tomando á poco la direccion del Oeste, por la influencia del viento que soplabá del Este. Pero temiendo M. Poitevin que los incontables espectadores que estaban en Poissy (*Puasi*), Auteuil (*Oúil*), Sevres, San Clud, Ville-d'Avray (*Vil-dauré*) y Versailles por arriba de los cuales iba á pasar, se engañasen tomándole por otro aeronauta, abrió cinco diferentes veces la válvula del monstruoso globo, el cual, descargándose de gas y disminuyendo así de fuerza ascendente se bajaba hasta ciento cincuenta ó doscientos metros (unas ciento setenta y tantas ó doscientas treinta y tantas varas) del suelo de las ciudades y villas sobredichas: luego, después de haber cruzado algunas palabras amistosas

con las poblaciones, el aeronauta volvía á cerrar su válvula, tiraba un poco de lastre y volvía á emprender su temerario vuelo hacía el cielo.

Los caballos no han tenido la menor novedad.

Por fin, á las siete y media, después de hora y media de navegacion con el tiempo magnífico de un hermoso dia de verano, los aeronautes hicieron su bajada á la puerta del castillo de Grignon (*Grignon*), en el canton de Poissy.

El 5 de julio por la mañana M. Poitevin y su mujer, en su elegante cocha, tirado por los mismos hermosos caballos compañeros de su viaje aéreo, entraron en su casa de campo de Bel-air (*Belér*).

Los periódicos de Europa refieren que la señorita Juanita Perez, jóven de Barcelona, se elevó el 20 de junio desde Madrid á una altura considerable, no ya en globo sino por medio de unas inmensas alas, como cualquiera ave. Parece que el inventor de este aparato maravilloso ha pasado á Paris á continuar sus experimentos.

### MISCELANEA.

#### LAS PLEYADES.

Las Pleyades ó Pleyadas segun la fábula mitológica, eran las siete hijas de Atlas, las cuales, perseguidas por Orion, fueron trasformadas en palomas por Júpiter. Pleyades (ó Pleyadas) se llaman las siete estrellas conocidas comunmente con el nombre de CABEILLAS.

#### EL AIRE DEL MAR.

El aire es saludable en el mar, porque el movimiento constante de las aguas conserva el oxígeno y el hidrógeno en convenientes proporciones.

#### CAUSA DE LA LIGEREZA DEL HIELO.

Las burbujas de aire producidas por la

congelacion son las que hacen al HIELO ser mas ligero que el agua.

#### AMOR DESINTERESADO.

El hombre que hace á una mujer participe de su riqueza, la quiere un poco; el hombre que se hace ánimo de ser participe de la pobreza de una mujer, la quiere mas.

#### SOLUCION DEL ENIGMA GEOGRÁFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El Mediterráneo baña á la vez la Europa, el Africa y el Asia: por el Ponto Euxino y el Tanais sube hasta las goteras de la Tartaria; por el Nilo, hasta las cataratas de Elefantina; pocos dias de camino le ponen en comunicacion por el Ebro

con el Tejo y toda la costa de la Lusitania; por el Ródano, con el Rhin y los mares del Norte; por el Nilo, con el mar Rojo y la Judea. Jesucristo nació cerca de sus riberas. Allí se han alcanzado todos los triunfos del cristianismo, desde el sacrificio del Calvario hasta la batalla de Lepanto. La cruz enarbolada en el Vaticano, no lejos de aquel mar, domina al mundo. Alejandro, Julio César y Napoleón han nacido en sus riberas. Cerca de él se han elevado Roma y Cartago, Venecia y Corinto, Atenas y Alejandría, Constantinopla y Jerusalem. Ha sido testigo de las guerras de los persas contra los griegos, de las guerras pónicas, de las guerras civiles entre los romanos, de las batallas de Farsalia, de Filipo y de Accio. Sus aguas han visto á los bárbaros en Italia; han llevado á Oriente á los cruzados, y á los turcos á Constantinopla. El imperio de Carlomagno y el de los califas se han extendido sobre sus riberas. Ha presenciado las contiendas de los güelfos y de los gibelinos; la derrota de los moros, el engrandecimiento de la España; en los

tiempos modernos, las campañas de Italia y de Egipto, la batalla de Návarino, la toma de Argel, la de Roma; en sus aguas ó cerca de sus orillas se han juzgado todas las cuestiones decisivas de la humanidad; "está, dice Justo Lipse, tendido al través del mundo como un tahall en derredor del cuerpo del hombre; cinturón magnífico engastado de islas como piedras preciosas, que estrecha y reúne al mismo tiempo que distingue y divide."

#### ENIGMA EN INGLÉS.

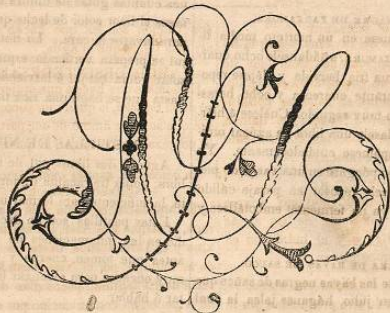
There is a thing that nothing is,  
And yet it has a name;  
It's sometimes tall, and sometimes short,  
It joins our walks, it joins our sport  
And plays at every game.

#### TRADUCCION LITERAL.

Hay una cosa que nada es y sin embargo tiene un nombre; es á veces alta, y á veces corta, nos sigue en nuestros paseos, nos sigue en nuestras diversiones y juega con nosotros á todos los juegos.

La solución en el número siguiente.

#### LETRAS INICIALES PARA BORDAR.



## ECONOMIA DOMESTICA.

### MANERA DE CONSERVAR EN BUEN ESTADO LAS MARIPOSAS.

Tómese un poco de barniz corriente de espíritu de vino, añádanse dos tantos del mismo espíritu de vino lo mas rectificado que se pueda, para que se ponga el barniz muy líquido y no seque fácilmente; póngasele á la lumbre hasta que hierva, para hacerle mas fluido: mójense en él las sedas de la escobilla mientras se conserva caliente y rocíense varias veces las mariposas. Así durarán mucho y tendrán siempre muy vivos los colores de las alas.

### PARA PRESERVAR CAMARONES.

Ya que estén mondados bátanse en un mortero de mármol con una poca de macias ó especias de todas en polvo, y pimienta y sal y una poca de mantequilla fria hasta que todo quede hecho una pasta suave. Guárdese en tarros cubiertos con mantequilla clarificada y por encima tápense los tarros con vejiga.

### VINAGRE DE ZARZAMORA.

Macháquese en un mortero media libra de ZARZAMORA, añádansele ocho cuartillos de agua fria hervida y déjese reposar esto durante cuarenta y ocho horas, moviéndolo muy seguido. Cúelese é hiérvasse: añádansele una libra de azúcar ordinaria y espúmese cuidadosamente. Ya que esté frio póngase en una vasija de piedra y déjesele reposar en paraje cálido hasta que ya no fermente; embotéllese y ácese.

### JALEA DE BAYAS DE SAUCO.

Tómense las bayas negras de sauco que maduran en julio, háganse jalea, la cual

es de un color oscuro y de un sabor astringente y sirve de excelente remedio contra las enfermedades de garganta y de la boca.

### POMADA CONTRA LA CALVICIE.

Sebo de vaca, una onza; tintura de cantáridas, una cucharadita; aceite de orégano y bergamota, diez gotas de cada uno; derrítase el sebo y ya que esté casi frio añádansele lo demás hasta que esté frio.

### BARNIZ PARA CAJAS.

Derrítase una parte de cera virgen blanca en ocho partes de aceite de petróleo; póngase de esto una ligera capa á la madera, con una brocha fina, mientras está caliente; el aceite entonces se evaporará dejando una capa de cera que después se pulirá con una tela ordinaria de lana.

### COSMÉTICO.

En un vaso lleno de agua viértanse unas cuantas gotas de tintura de benjuí, y úsese el licor color de leche que se forma, para lavarse la cara. La tintura de benjuí se prepara vertiendo espíritu de vino sobre goma benjuí é hirviéndola después hasta que se haga una rica tintura.

### PASTILLAS DE NITRO.

Azúcar, dos libras; sal de nitro, media libra; goma tragacanta (alquitira) disuelta, la suficiente para formar una pasta.

Estas pastillas son un excelente remedio en las inflamaciones de la garganta antes que tomen cuerpo y tambien son muy eficaces para alcanzar la voz al cantar ó hablar.

## EPISODIO TAURIL.

### PRIMERA PARTE.

*¡Gloria in excelsis!*

¡Gloria una y mil veces, loor y prece perdurables al primero en cuya fecunda imaginacion se plantó por la vez primera el pensamiento del invento recreativo y saludable, así para el alma como para el cuerpo, de las corridas de toros!

¡Gloria eterna y sempiterna al pueblo que le adoptó y que le perpetúa por todos los siglos de los siglos, dando cada día mas muestras, antes de su mayor aficion y predileccion al supradicho saludable y delicioso recreo, que no de propension alguna á olvidarle!

¡Gloria, prez, loor infinito á quien nos trajo á nosotros, imbéciles hijos de Moctezuma, el bien inapreciable de las corridas de toros, juntamente con el santo oficio y sus hogueras, y con tantas otras cosas de la misma utilidad para el cuerpo y el alma!

¡Qué sería de nosotros hoy, en el siglo XIX, como quien dice nada, sin una buena plaza de toros, y sin unos toreadores como un dulce, y sin unos toros como unos marquezotes, y sin una concurrencia numerosa como los dioses del paganismo y lucida como un lucero?

¡Santo Dios! ¡sería para morir de tedio, para caerse la cara de vergüenza el considerar que Méjico, la preciosa india burlada por Cortés para arrastrarla luego amancillada y atada á las plantas de su majestad católica, hoy que tan ufana está con su independencia, su coquetería y su libertad, no presentara y presenciara lides de toros!

Que no tenga ni entretenga Méjico caminos de hierro, ni cañales, ni comercio

sin trabas, ni hacienda, ni una legislación regular, ni siquiera policía, ¡pase!

Pero carecer de una buena plaza de toros en "activo ejercicio," esto sí no sería tolerable.

Ahora, con la novísima plaza de toros y las corridas domingueras, y de mas á mas con la fabricacion de los fósforos y cerillos, la capital de la nacion mejicana está tantos á tantos con cualquiera ciudad del mundo civilizado.

¡Lástima que no sea monarquía!

Noramala esos majaderos que ven con mal gesto las corridas de toros. . . . No hay bajo las estrellas, dígame lo que se quiera, una diversion mas inocente ni mas moral. Verdad es que de ver capotear y matar y banderillar á un toro, de ver destripar á un caballo, no se saca provecho alguno para lo que es la práctica de ninguna de las que se llaman virtudes; pero ¿quién es el temerario que niegue que cuando ve uno, con el Jesús en la boca, á una criatura humana, un semejante, un casi



prójimo suyo, allá entre las astas del enforcido animal, no ejercite su delicada

sensibilidad, y su piedad, y su compasión doliéndonse del que está en peligro de muerte y encomendando á Dios su alma? . . .

Estas reflexiones, pues reflexiones son y no más, estas reflexiones hacia días pasados un respetable anciano, don Crisanto Tauricano, en momentos que, no sé con qué motivo, le ocurrían sus ciertos escrúpulos respecto de la bondad moral de las lides de toros.

Yo no me atrevería á decir adónde le hubieran conducido por remate sus prudentes y sensatas reflexiones, ni qué género de conclusiones hubiera sacado de sus premisas si hubiera seguido meditando y reflexionando. Si yo, pobre ignorante, supiera siquiera álgebra, quizá podría despejar la incógnita que se encerraba en el cerebro del espíritu discursivo que daba vueltas con los toros; pero confieso que no soy algebrista, ni sé resolver ecuaciones, y por lo tanto me veo precisado á conformarme con no sacar provecho alguno de esta ciencia, aunque no fuera mas que para ostentar, como quien no quiere la cosa, que entre las muchas habilidades que me había dado el cielo, contaba también la de ser algebrista.

Con lo expuesto, el benévolo, el indulgente lector me perdonará que me excuse de explicarle cuál había de haber sido el resultado de las reflexiones de mi héroe.

Por fortuna, este tuvo por conveniente llevar su imaginación á otra parte, y después de haber estado pensando en lo a-sombroso del telegrafo electro-magnético, medio hechicería de estos tiempos temerarios, de cuya verdad nunca había querido él persuadirse sino hasta no haber ido á hacer una visita á don Juan de la Granja, sintiéndose cargado de cabeza y dispuesto al sueño, metióse en su cama, li-

bertóse del frío de la estacion en que estamos arropándose muy bien hasta debajo



de las narices, y soltóse á roncar magnífica y sabrosamente.

Como don Crisanto había aplicado tan profundamente su imaginación en los toros y la tauromaquia, el lector convalidará conmigo, sin necesidad de saber álgebra ni de resolver ecuación alguna, en que era muy llano y sencillo que soñara con toros ó cosa parecida, por lo menos.

Así fué.

Pero en los sueños á ojos cerrados del dormir no pasan ni se ven las cosas lo mismo que en el otro sueño á ojos abiertos del vivir.

Por lo tanto, don Crisanto vió un animal raro venir hácia él, una especie de



barril con arros de bruto, y cabalgando en el barril, venía muy seguro, risueño y contento, un demonio rollizo, un Baco de la mas clásica especie, cubierto de vides y pámpanos.

—Ahora bien, díjole este cuando llegado que hubo muy cerca de él, paró su cabalgadura; ahora bien, ¿me conoces?

Don Crisanto, estupefacto, helada la sangre y hecho una estatua, no pudo hablar; pero creyendo que mientras mas tardara en responder mas tardaría la vision aquella en apartarse de su vista, haciendo un esfuerzo supremo de voluntad, acertó á mover la cabeza en ademan negativo.

El cabalgador demonio prorumpió en una risotada como suya.

—¿Compadrel! dijo luego, ¿es posible que ya no me conozcas, cuando si bien recorres tu memoria te acordarás de que fui tu constante, tu fiel, tu inseparable amigo? ¿No me preguntas cómo me llamo?

Esta pregunta fué proferida con un acento y un gesto de mofa tales, que el pobre preguntado no trató ni por asomo de responder, persuadido de que no tomaría por falta de crianza su interlocutor el que permaneciera mudo.

—Mi nombre no hace al caso, prosiguió siempre risueño. Maldito lo que importa para que te acuerdes de mí y me conozcas. Mírame bien á la cara.

Don Crisanto de muy buena voluntad había puesto sus espantados ojos mas bien en el mismísimo Lucifer en cuerpo y alma, si es que Lucifer tiene cuerpo y alma como nos le representan los devotos, que no en la figura aquella que le habla; pero cediendo mal de su grado al poder hechiceresco de la criatura que delante de sí tenía, al querer ó no hubo de plantar la vista en su robusta persona.

En efecto, era de todo punto cierto.

En realidad de verdad aquel diablo no se parecía á ninguna persona de cuantas

había topado en los caminos y vericuetos de la vida, pero había no obstante en él algo muy reparable, algo muy característico de cierta persona y de ciertas épocas. Y para mayor asombro, el animal aquel que don Crisanto quería por fuerza tomar por un toro aunque no se parecía á toro ninguno, también el animal que servía de montadura al diablo era un objeto que él pobre viejo conocía. . .

¿Quién supiera álgebra!

Yo, lo confesaré, en medio de mi profunda ignorancia, me imagino que un algebrista debe de ser un nigromante, una cosa así como de este mundo y el otro, un hombre de anteojos, de bata con diablos pintados, de cara meditabunda y aflosolada. . .

Si yo supiera álgebra no perdonaría ocasión de lucir mi talento de viva voz, por escrito, de todas suertes, para que se supiera, y añadieran las gentes esa nueva gloria á mis glorias, ese nuevo laurel á mis laureles; y había yo de aplicar mi ciencia á resolver ecuaciones de un género muy especial. Sería yo aplaudido, mi fama se sublimaría hasta las regiones de los necios y los inspirados, pues Boileau<sup>1</sup> que es hombre que lo entiende, ha dicho no sé dónde:

*Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire.*

¿Si yo supiera, álgebra cómo no había de resolverlo todo, hasta el fenómeno este del sueño de don Crisanto!

¿Y cuánto no me lo agradecerían mis lectores! . . .

Don Crisanto se había quedado contemplando atónito al diablo cuya presencia le refrescaba especies ya borradas de la memoria y que si en su mano estuviera nunca jamás recordara.

Entre tanto, echó de pronto de ver que él, el mismo, el don Crisanto, se trasfor-

1 Buailó.

maba, se cambiaba en otra cosa muy diversa de lo que hasta entonces y desde que le dieran á luz habia tenido costumbre de ser. Sin perder lo que de racional tenia, truécase al fin su forma corpórea y hasta su traje. ¡Vese convertido en un barril con figura humana!



La cosa era grave, grave por demás. Pero el caso es que de espantado que antes estaba, don Crisanto vino á encontrarse, cuando hubo disfrazádose de la manera que va dicho, de lo mas contento, de lo mas gozoso que caber pueda en humana criatura.

Ladeado á la andaluza el sombrero, el cual era un embudo en toda forma, y llevando á cuestras con donaire sumo una rama de vid de la cual colgaban unas uvas capaces de antojárselo al partidario mas extremoso de la templanza: rebulliale, retozábale el gusto en el alma, no sé si porque su estómago era un espacioso depósito de vino ó porque su cabeza era un amplio receptáculo de vapor alcohólico.

A lo menos, fuera lo que fuese, ya no pasaba él aque-

llas primeras angustias que la presencia del cabalgador le causaron; pues este, después de soltar una carcajada que dejó á don Crisanto largo trecho aturrido, habia tomado el portante.

Curioso es el cosmorama, la fantasmagoría de los sueños.

A veces divertidos, á veces horriblos y espantables, tienen empero la ventaja de asegurar á uno que está vivo, pues que tanto se dan el dormir y la muerte la mano...

Dejemos á don Crisanto soñando gozoso y vamos á otra parte en donde llama nuestra atencion una escena semejante á la que llevamos relatada.

Elisa, tambien Elisa habia tenido su imaginacion ocupada con varios desvelos. La imaginacion de muchacha de catorce años nunca está ociosa, y por lo comun cualquiera es capaz de adivinar, sin álgebra, lo que llena poco mas ó menos la mente de una doncella *catorceña*.

Pero á los pensamientos de amor se unian esta vez los pensamientos de toros; asociacion importuna, odiosa de suyo y de mal agüero, y que sin embargo tenia por la ocasion un carácter de lo mas grato para la hembra Elisa.

Elisa nunca habia visto corridas de toros. Y al gusto de ver una diversion que nunca habia visto, se añadia el de ver la plaza novísima. Y á estos goces ya bas-



Metiöse en su cama virginal y cerró voluntariamente sus preciosos párpados.

tante deliciosos, se cosia el de ver al objeto principal de sus pensamientos.

Elisa advirtió que estaba ya muy entrada la noche, y á reserva de seguir torneando si le negaba su presencia el sueño, metiöse en su cama virginal y cerró voluntariamente sus preciosos párpados. Morfeo no tardó en llegar á visitarla para cerrarle y apretarle bien los ojos del cuerpo y abrirle bien los de los sentidos.

Extraño hubiera sido que en la disposicion que su ánimo estaba, irritado su cerebro, excitada su imaginativa á consecuencia de las ideas de amor, toros y plaza nueva, no hubiera soñado. Siento en el alma verme precisado á recorrer un circulo vicioso, pero la fuerza de la verdad me lleva á hacerlo: protesto que con coincidencia y todo yo aquí no hago mas que referir sucesos tan verdaderos como el que mas.

Y por otra parte, perdonésemela esta ligera digresion, que tiene de tan extraño, de tan improbable, de tan inverosímil en fin, el que dos personas sueñen simultáneamente, cuando no pocas veces vemos encenderse á un mismo tiempo y de improviso dos corazones, ocurrir á un mismo tiempo dos especies en dos montes distintas, venirse por último dos palabras iguales á dos bocas distintas, las cuales vienen á ser proferidas á duos...

Como quiera, Elisa se durmió y soñó. Desde luego lo primerito que su sueño le representó fué un chico sentado muy á



sus anchuras en una cómoda poltrona, con un gorro á manera de cucurucho en la cabeza, desnudo, descalzo y sin nada que le abrigara mas que una bata. Quién seria el rechoncho chico aquel, si bien nose advertir por su estrambótica traza si lo acusaba á las claras el carcaj y el arco que á la pared se veian colgados.

El Flechador era sin género alguno de duda.

El Flechador pues estaba por la ocasion calentándose con el incienso que despedian de sí varias vasijas de plata.

No hizo mala impresion en la jóven la vista del rapazuelo. Lo que sí no le gustó fué que una voz chilladora que no llegó á ver de dónde salia, le dijo media docena de veces:

— ¡No vayas á los toros! ¡no! ¡no! Y Elisa enojada decia que sí.

En esto desaparecese el Flechador. Búscale Elisa y en lugar de aquel ve á un hombre coronado de hojas de parras, descompuesto el vestido, encendido el rostro, montado en un barril, y el cual, tendiéndole los brazos le decia:

— Elisa, vida mía, esta es la bienaventuranza! ¡Vivan las tres garantías! ¡Ya triunfamos de los toros y de los republicanos! Ahora vengo de ver á tu padre. Este que ves aquí tendido y que traigo á la grupa es uno de los contrarios.

Y en efecto percibió Elisa confusamente un cuerpo humano tendido á la larga detrás de la vision.

Y antojósele á ella que el vivo era su padre, el mismísimo don Crisanto, y el muerto era... ¡su amante!...

Recordó Elisa sobresaltada, bañada en sudor frio. Santiguóse y entregóse de nuevo al sueño, el cual no tardó en apoderarse de sus sentidos.

Volvió á soñar.

Representáronsele en la imaginacion corridas de toros y con ellas, atavios in-

separables del toro, caballos destripados, hombres tendidos por tierra, víctimas del feroz animal.



—Este, véla mío, está el Matorrales

Empero pasó esto. Pasaron del todo las imágenes cruentas. Hubo uno como entreacto en que no vió ya nada, luego vió objetos sin forma determinada, cuerpos vaporosos pero agradables, y por último presentóse á su vista un inmenso asador en que estaban cocándose varias aves, las cuales despedían un olor tan agradable y excitaban de tal

suerte el apetito, que estuvo ella á punto de llegarse á gustarlas. Y si bien es verdad que un esqueleto humano era el que estaba haciendo el oficio de cocinero, era tan amable su sonrisa que ni por el pensamiento le pasaba á Elisa el asustarse. Luego, en medio de la nube olorosa que despedían las aves, vió escrita esta sentencia, que aunque en latin ella comprendió, porque seguramente, mas afortunada que yo, sabia álgebra:

*In morte vita*

¡Como quien nada dice!

*In morte vita* viene á ser como quien dice:

El muerto el hoyo y el vivo el pollo.

¡Que no sepa yo álgebra!

X.



## UNA TERTULIA EN CASA DE ROSSINI.

Todavía me rio cada vez que me acuerdo; pero hago mal en decirlo que me rio del caso, pues con esto sobra y basta para que os dispongais á escucharme con la cara mas seria del mundo. ¡No importa! voy á referiros el caso; para mí es bastante original y de una virtud extremadamente desopilativa; puede que yo me equivoque,

pero esa es mi opinion, y puesto que tantas ocasiones me he reído yo solito, justo será que me acompañe el lector ahora.

Allá va.

Rossini. . . . Rossini que á sus anchuras se recrea en su deliciosísimo *far niente*<sup>1</sup> entre las flores de su querida *villa*;

<sup>1</sup> Huega, Año.—2 Vila, casa de campo en Italia.

Rossini, el mas hermoso ingenio de nuestra época; el Titulo de los tiempos modernos, goloso como Horacio y perzoso como un *lazzarone*, lleva, allá metido en su *palazzo*, la vida mas deliciosa que puede idear la ambicion de criatura viva, durmiendo bien, comiendo bien, bebiendo mejor y mezclándose entre dos comidas, al rumor de las alabanzas cuyo incienso se sube ligeramente á la cabeza como el vapor del opio, esa primera necesidad de los orientales.

Rossini, el hombre mas feliz de la tierra, durante las tres cuartas partes del dia, tiene sus dos ó tres horas en que pasa al estado de un animal curioso. Durante estos ratos de hastio en que el inmortal autor de Moisés expia su gloria y su dicha, hecho presa de los visitantes que le miran de frente, de costado y por todas partes, el pobre Rossini hace con su propio individuo el mismísimo oficio de los que cuidan los elefantes; pues el desdichado responde á todas las preguntas, contenta todas las exigencias, y cuando el majadero que molesta con indagaciones imprudentes aquella *notabilidad* es de una clase que le hace acreedor á consideraciones particulares, Rossini se pone al piano, y compone ó escucha música.

Entre los nobles fatuos de que el gran maestro es todos los días victima, no deja de haber cabezas redondas como una bola, y os ruego que creais que el ilustre Rossini no deja de desquitarse con esos preciosos huéspedes de las impertinencias que se ve precisado á aguantar á los demás.

Lord T..., el mas resuelto *turista*<sup>1</sup> de Inglaterra, sugeto muy bien hablado, amable millonario, aficionado distinguido de las *romanzas*<sup>2</sup> de Monpou<sup>3</sup>, ha escrito en

<sup>1</sup> *Turista*, el que es aficionado á recorrer países viajante.  
<sup>2</sup> Composición musicométrica arreglada para piano, harpa, etc.—M. L.  
<sup>3</sup> *Monpou*.

su libro de memoria los apuntes de una tertulia que tuvo toda una noche en la casa del cisne de Pezzaro, en su propio palacio, en compañía de lo mejorcito de los viajeros de distinción.

Rossini habia comido bien y estaba de bellissimo humor: sentóse al piano, cantó su aria del Barbero, que es su *caballo de batalla*, y hasta habria bailado como Lablache, en el Matrimonio Secreto, por dar gusto á las hermosas forasteras que allí se hallaban, pues conviene saber que la manía de correr cortes se ha comunicado también á las mujeres.

Lord T..., alentado por tan felices disposiciones, presentó una *romanza* de M. Monpou, cuyo canto habia hecho copiar en su *álbum* de viaje, pero quizá el señor Rossini tendria la bondad de suplir con su ingenio el acompañamiento que faltaba.

El cisne de Pezzaro se inclinó afablemente: hubiera sido capaz hasta de hacer de nuevo la *romanza* y quizá nada hubiera salido perdiendo la letra.

Lord T... se sonó como cualquier gapan, tosió ceremoniosamente, se pasó la mano por el cuello, y se quejó de estar desentonado; luego, al tiempo de comenzar pidió al maestro un retornelo<sup>1</sup> algo bajo para que pudiese él tomar resuello entre las coplas, atento á que habia al fin de la *romanza* un pasaje escrito demasiado alto para su voz.

Rossini al punto moduló un retornelo que dejó arrobado de satisfacción á todo el auditorio y que dió mucho ánimo al noble aficionado; pero el desdichado lord no era bastante músico para echar de ver hasta dónde alcanzaba aquella sabia modulación que traicionadamente habia trasportado á un tono mas alto la melodía.

El pobre cantor que atribuia el trabajo de su voz á la emoción, hizo esfuerzos in-

<sup>1</sup> Repeticion de la primera parte de una aria, copia, etc.